



**FRAN
BARRERO**

AMURAO
La caza del alfil negro



Scotland Yard y la Europol investigan el homicidio de una chica en un hotel de Londres. El *modus operandi* les conduce a un asesino en serie que se suponía muerto dos años atrás. Entonces piden el asesoramiento de Pablo Aguilar.

Para el capitán sevillano, la llamada de la Europol no solo supone el regreso al caso más importante de su carrera, también sentirá de nuevo a los fantasmas que un día arrasaron con su vida y casi con su carrera.

La oficial Livia Craciun acompañará a Pablo a Londres y tendrá una relevancia doble en el caso, no solo como ayudante y compañera de Aguilar... sus aptitudes se pondrán a prueba sin que ella sepa cuánto va a cambiar su vida.

Cristina Collado, Marcos Navarro y Nuria Carvallo estarán a muchos kilómetros de distancia, pero eso no será suficiente para impedir que participen en el caso.

Alfil... Alfil no es un homicida al uso, y se volverá más escurridizo y letal que nunca.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

A todos los amantes de Amurao y de Alfil

La fantasía, aislada de la razón, solo produce monstruos imposibles. Unida a ella, en cambio, es la madre del arte y fuente de sus deseos.

Francisco de Goya

Soy amiga del monstruo que está debajo de mi cama, se lleva bien con las voces dentro de mi cabeza.

Rihanna

Prólogo

La pobre empleada de la librería no parece saber lo que está pasando. Subida a la escalera, observa atónita la coreografía humana que ha comenzado entre las pilas de libros.

El fotógrafo llega cargado de optimismo, eso muestra con su sonrisa; da unas indicaciones por aquí y otras por allá y luego empuja la escalera en la que se encuentra ella; y a punto está de sufrir un accidente.

Una legión de chicas ataviadas con trajes de chaqueta y falda rosas, complementados con guantes y tocados blancos, comienzan a colocar focos y desordenar los libros de las estanterías, para mayor enfado de la empleada; que, sin saber cómo, acaba siendo usada como parte del decorado de una sesión de fotos de moda.

—Pretendemos que Marion parezca una intelectual —dice la directora de la revista, refiriéndose a la modelo, una versión de Morticia Addams con el cabello corto como un chico.

—Y lo soy, sé leer —apunta la aludida.

—Bueno. Marion, preparada —ordena el fotógrafo.

Y la empleada de la librería los interrumpe por fin:

—¡Pero esta es una completa violación de todos mis principios! ¡Sería una hipocresía de mi parte ceder al idealismo comercial!

Esa última frase es la favorita de Alfil en la película, que por cierto no es gran cosa, ya que Fred Astaire, el fotógrafo, y Audrey Hepburn, la empleada de la librería que acaba finalmente como modelo durante el resto del metraje,

no tienen la química necesaria para enganchar al público como lo hacían otras parejas del cine clásico.

Una cara con ángel, interesante traducción de *Funny Face*. No pasa del primer cuarto de hora antes de apagar el televisor, se aburre con lo que antes le entretenía, con lo que lograba calmarlo y proporcionarle el sueño que tanto necesita.

El salón ocupa casi la totalidad de la vivienda, que no es precisamente pequeña; ahora lo recorre para darse una ducha, aunque hace solo una hora que lo hizo por última vez, justo tras llegar de correr durante el ocaso. Londres no es la mejor ciudad para ese menester, pues el ocaso llega a las cuatro de la tarde, con suerte, en los meses de invierno. El *loft* lo ha alquilado en la calle Chesham, a solo doscientos metros de los jardines del palacio de Buckingham. De todas las posibles rutas para salir a correr, prefiere hacerlo por Hyde Park y dar varias vueltas al *serpentine*, en otras ocasiones decide perderse buscando rutas diferentes por el entramado de callejuelas que se extienden hacia Myfair o el Soho.

Una vez bajo la ducha, y ya olvidado el momento de su ruta diaria corriendo, le brota un recuerdo de su pasado protagonizado, para variar, por su abuelo.

Tiene trece años y siente vergüenza al sentarse a la mesa para la cena, su entrenamiento de boxeo con el profesor de turno, hoy Javier Castillejo, ha terminado con el balance negativo de un ojo morado. En este momento teme a la reacción de su abuelo, si este se enfadase con el profesor, haría que perdiese a su mejor mentor, y el que le cae mejor de los tres; por otro lado, enfadarse con él por haber sido descuidado provocaría una serie de charlas infinitas durante esa semana. Con lo cansado que termina el día tras las clases didácticas y las de boxeo, no le apetece nada tener que añadir lecciones extra por parte de su abuelo. Aunque jugar al ajedrez con él antes de dormir no le disgusta del todo.

–¿Qué te ha pasado en el ojo? –pregunta el anciano sin levantar la mirada del plato de sopa.

–Un lance haciendo guantes.

–¿Distracción tuya o exceso de confianza de tu profesor?

–Un combate es un combate, cada golpe que impacta en tu adversario es un porcentaje de acierto del que golpea y otro de fracaso del que recibe.

–Interesante respuesta.

Su abuelo no dice nada más durante la cena y él considera que ha salido airoso.

O tal vez no.

La partida de ajedrez no es tan amena como las anteriores que ha librado desde que tiene uso de razón en el despacho de su abuelo. La chimenea no está encendida, es verano y ambos sudan porque allí no se ha instalado un emisor de aire acondicionado. Las conversaciones típicas sobre retórica y dialéctica hoy han dado paso a una charla más coloquial, aunque no del gusto del chico.

–¿Y si despedimos al profesor de boxeo?

–¿Por haberme puesto a prueba? Ha elevado un poco el nivel para lograr que yo aprenda y suba también.

–No, por no elevar tu nivel en las clases de agilidad: haciendo sombra, saco, *punching ball* o las charlas. Ese es su cometido.

–Tú siempre dices que el boxeo, al igual que la vida en general, es una disciplina dura que te pone a prueba a base de golpes, que te enseña lo que has hecho mal con dolor, dolor que hace que no te olvides del error para no volver a cometerlo.

–¿Y qué has aprendido? ¿Qué has hecho mal para tener el ojo así?

–Que tras un amago de gancho, el golpe puede llegar por arriba, justo cuando has bajado el codo con la guardia y te has desprotegido la cara para frenar un impacto en el costado. He aprendido también que la vida a veces pare-

ce conducirte a un sitio, teniendo que obrar de una determinada forma, pero luego te sorprende y te hace sentir como un principiante.

–Eso es muy vago. Pon un ejemplo que lo ilustre.

El chico piensa a toda velocidad, como su abuelo le ha enseñado y, sin descuidar la partida de ajedrez, que perderá, como todas las anteriores, lanza su contraataque:

–Estoy en una negociación para la absorción de una empresa, el presidente de la misma me pide un anticipo de un quince por ciento sobre el valor de mercado de las acciones, una señal de confianza antes de la firma del acuerdo. Trato de bajar un uno por ciento el precio de sus acciones alegando que la absorción con adelanto debe implicar una reducción por volumen. El cliente acepta, yo pago ese catorce por ciento, y luego comprendo que la cartera de clientes de la empresa absorbida estaba inflada para elevar el precio de mercado de sus acciones, perdiendo entre un cinco y un diez por ciento de la estimación inicial. Todo un fiasco.

Su abuelo lo observa durante largos segundos en silencio. Él casi no respira, pero disimula. El anciano sonríe y le felicita por el razonamiento. No habrá castigo para él ni para el entrenador. Entonces mueve ficha sobre el tablero.

–Jaque.

«Mierda».

Siempre pasa igual, tras el jaque se inicia una persecución angustiada en la que el rey acaba cayendo igualmente. El chico nunca ha podido librarse de perder.

–En siete movimientos.

–¿Cómo dices? –pregunta su abuelo con verdadera sorpresa en su rostro.

–Solo podré resistirme durante siete movimientos.

–¿Has calculado cuándo llegará tu fin?

–Sí.

–Pues esa es otra lección para la vida. Tu final llegará tarde o temprano, así como llegó el de tus padres y lo ha-

rá el mío en breve. Así que aprende a descifrar cuántos movimientos te quedan hasta ese instante.

El chico durmió esa noche a pierna suelta; pero ahora, siendo ya adulto, le cuesta controlar los nervios que suponen saber que solo le queda un movimiento para ese final que le fue anunciado a tan temprana edad.

No importa lo rápida que funcione la mente, ni lo adiestrado que estés para revolverte como un gato panza arriba. Cuando ves el jaque y sabes cuántos movimientos quedan para terminar el juego, tu vida, solo te queda respirar hondo y afrontar el destino con el mismo coraje con el que has vivido hasta ese momento.

Sale de la ducha y se viste con un traje que ya pensaba que no usaría jamás.

«Esta noche he soñado con una reina blanca. ¿Será ella la que me venza finalmente?».

Ya se observa decoración navideña en las calles, a pesar de las restricciones por la crisis, hace algo de frío cuando se dirige al garaje en el que guarda la motocicleta, no se ha cruzado con nadie en el corto trayecto, como es habitual en una zona residencial a esas horas de la noche.

Casi sin tráfico, en menos de quince minutos ha llegado a la estación de Paddington, donde alquila un Audi A4 gris en el mostrador de la empresa que cuenta con el empleado más adormilado. La cabeza agachada y cubierta por una gorra negra, su cara siempre evasiva al tratar con el empleado y bajo las cámaras de vigilancia de la estación.

Todo va bien, pero ese detalle no le hace sonreír, está demasiado concentrado en que se cumplan todas las normas, las que lo han llevado a hacerlo bien las veces anteriores.

«Ha pasado mucho tiempo, ya no estoy en España y tampoco es que el método sea cien por cien fiable. Ya en-

tonces me acabaron descubriendo».

Observa las luces de la noche londinense en su camino hacia el coto de caza que ha elegido semanas atrás, pues no ha sido precisamente esta noche el momento en que se ha decidido a jugar una última *partida de ajedrez*. La fauna que deambula por las calles no es diferente a la que contempló en anteriores ocasiones, las luces, el brillo del suelo tras una lluvia reciente, la música suave que sale de los altavoces del coche. Se siente algo oxidado a la vez que excitado, comprende en este instante que no ha acabado nunca con el monstruo, que este sigue en su interior, que lo de Davina solo fue un espejismo, la chica durmió a la bestia, pero...

«Pero lo que yo soy no se puede mantener dormido o enjaulado durante mucho tiempo. Siempre hay un despertar o resurgir, uno muy hambriento».

Llega a las puertas de la discoteca Sphynx, circula despacio para asegurarse de que ya hay mucha gente, incluso una docena de chicos jóvenes aguarda en la cola. Se dirige a aparcar en la calle Knightsbridge, justo a doscientos metros de la discoteca y otros trescientos del hotel Pilgrm, donde se producirá el *jaque mate*. Tarda veinte minutos en lograr un hueco para aparcar y luego comprueba por última vez el contenido de su mochila.

Al llegar a la puerta del local y ser testigo de que el público se ha multiplicado, estudia la mejor forma de entrar: con un billete de cincuenta libras al portero y estar solo unos segundos bajo la cámara de vigilancia exterior, o hacer cola durante una media hora. Esa segunda opción, aunque parece la menos lógica, será la que le hará pasar más desapercibido para los investigadores que seguirán el rastro de la chica el día siguiente.

No tiene sed, ni hambre ni ganas de ir al baño. Todo su ser puede concentrarse en la labor sin la más mínima distracción, incluso cuando un tipo le da un codazo sin darle tiempo a disculparse, porque cuando el tipo se gira, él ya

ha desaparecido como un fantasma en mitad de una noche de niebla.

El rincón elegido es una de las tres zonas muertas en el sistema de vigilancia, la que tiene mejor visibilidad de la pista de baile. Ya puede observar que está llena y se decide a marcar a cuatro posibles presas. Se decanta finalmente por una chica con un vestido negro y ajustado, unos veinticinco años, pelirroja de cabello muy largo y la piel algo sonrosada, ojos claros, metro setenta y aparentemente sin amigos alrededor, pues lleva varios minutos bailando con una copa en la mano y sin interactuar de ningún modo con los que la rodean.

Antes de lanzarse a por ella sonrío.

«Abuelo, este es el primero de esos movimientos que uno sabe que le llevarán a sufrir un jaque mate. Espero que estés disfrutando al verlo».

Ha intentado resistirse a la tentación, pero es demasiado fuerte y no tiene otro aliciente para seguir viviendo. No ha conocido a otra mujer como Davina. No ha tenido otro oficio como el de fotógrafo de moda. No se ha sentido vivo más que matando.

Y eso es lo que va a hacer esta noche.

Se acerca a la chica con determinación, ella se gira y deja de bailar al verle tan cerca. Él sonrío y, tras arrimarse a su oído, le susurra:

–Me gusta tu vestido.

«Esta noche he soñado con una reina blanca. ¿Será ella la que me venza finalmente? ¿Será la Dama Blanca la que acabe con el Alfil Negro?».

Capítulo 1

¿Tanto les costaba responder? La chica volvió a encender la pantalla del móvil, lo hacía cada cinco minutos, pensando que podría estar estropeado, pero no. Simplemente, sus amigos no respondían al mensaje que había dejado en el grupo de WhatsApp, y no lo hacían por el motivo de siempre: era invisible para ellos.

«Si hubiera sido Annie la que hubiera preguntado si salíamos de fiesta esta noche, ya habrían respondido todos y hasta organizado el lugar donde tomar algo ligero antes de ir a bailar a Fever».

Quizás no había respondido nadie porque era muy temprano, se dijo. Un sábado a las nueve y media de la mañana... O tal vez porque salieron anoche de fiesta, sin contar con ella, y aún no se han despertado. Esa opción era la más probable, ya que era lo habitual entre su grupo de amigos. ¿Amigos? Se reiría si no fuera porque aquello no tenía ninguna gracia. Suspiró hondo al llevar el vaso del café a la cocina para fregarlo, luego tenía pensado limpiar el apartamento, como cada sábado. No le apetecía lo más mínimo, pero tampoco podía dejarlo para el domingo, estaría con resaca y tumbada en el sofá, arruinando la dieta y el ejercicio de la semana con una *pizza* y un helado de chocolate de tamaño familiar.

Fregó el vaso, lo secó y guardó en la alacena sobre la pila. Observando alrededor comprendió que limpiar la cocina le llevaría más tiempo del programado.

«Me gustaría salir a dar un paseo, parece que ahora no llueve; pero si no limpio podría volver a tener cucarachas